

CEGUEZAD ESPRITUAL.

¿Qué es ceguera espiritual?

La ceguera espiritual no es más que cierta estupidez, un embrutecimiento del espíritu que impide ver y gustar las cosas divinas. La ceguera espiritual pertenece particularmente á la inteligencia; el endurecimiento á la voluntad. Una y otro son un pecado, la pena del pecado y un principio de pecado. La ceguera espiritual, que sólo Dios aleja, porque El es la verdadera luz, según dice S. Agustín, es un pecado por el cual se deja de creer en Dios; es la pena del pecado, porque castiga el corazón orgulloso, atrayéndole con justicia el odio de Dios; es un principio de pecado, cuando el corazón, engañado por la pasión, hace cometer el mal (1). Así los judíos, ciegos por el error y el endurecimiento del corazón, persiguieron á Jesucristo y le dieron la muerte.

La ceguera espiritual es un crimen.

El ciego espiritual hace un Dios de su pasión, en la que pone su fin... No tiene fe....

La ceguera espiritual es el principio de una infinidad de pecados; mas lo que es principio de un gran número de pecados, muchas veces, graves, es en sí mismo un mal gravísimo. La ceguera del espíritu viene de la voluntad endurecida en el mal. Á causa de esta ceguera, ya no se siente nada, nada se ve, nada se teme; ya no se practica la virtud; se cae en la indiferencia, en la incredulidad y en la impiedad....

El ciego espiritual no comprende nada. El ciego, dice S. Agustín, no ve la luz del sol, aunque esté rodeado de sus brillantes rayos: el ciego espiritual no ve tampoco la luz de Dios (2).

El hombre estúpido desconoce las obras magníficas del Criador, dice el Salmista: el insensato no las comprende: *Vir insipiens non cognosceat, et stultus non intelliget hæc.* (XCI. 7.) Pero esta locura voluntaria es un crimen enorme.

Jesucristo, el Evangelio, la Iglesia, el dogma, la moral, los sacramentos, la gracia, la santidad, las postrimerias, no son más que tinieblas para el ciego espiritual.

Mas, no ver hechos y verdades tan necesarias á la salvación, cuya existencia descansa en motivos de credulidad invencibles, es ser culpable.

En cuanto á los ciegos de espíritu, las cosas de la religión son para ellos como las palabras de un libro sellado, dice Isaías: *Et erit vobis visio omnium sicut verba libri signati.* (XXIX. 11).

(1) *Cæcitas, quam solus removed illuminator Deus, et peccatum est, quo in Deum non creditur, et pena peccati, qua cor superbum digna animæ versione puniatur, et causa peccati, cum aliqui mali, circa cordis errore committitur. Lib. V. contra Iulianum.*

(2) *Sicut sol à cæcis, quæmvis eos suis radiis vestiat, sic à stultitie tenebris lumen Dei non comprehenditur. Lib. I. de Pecc. et Mer., c. XXXV.*

La ceguera espiritual es voluntaria; y esto es lo que la hace más culpable. No ha querido instruirse para obrar bien, dice el Profeta: *Noluit intelligere ut bene ageret.* (XXXV. 4).

Esta ceguera es voluntaria.

El brillo de las obras de Jesucristo, dice S. Cirilo, no dejaba duda posible á los que no tenían el espíritu corrompido; pero como el mayor número se encontraban en este estado, no querían ver: *Claritas operum Christi omnem questionem solvebat apud eos qui non erant mentibus perversis.* (Comment.).

Cuando Jesucristo se hubo acercado, dice S. Lucas, vió á Jerusalén y lloró sobre ella, diciendo: ¡Ah! si supieses siquiera en este día lo que puede traerte la paz! Pero ahora todo está oculto á tu vista: *Ut appropinquavit videns civitatem, fleuit super illam, dicens: ¡Quia si cognovisses et tu, et quidem in hac die tua, quæ ad pacem tibi! Nunc autem abscondita sunt ab oculis tuis.* (XIX. 41-42); porque tú no has conocido (esto es, porque tú no has querido conocer) el tiempo en que has sido visitada: *Eo quod non cognoveris tempus visitationis tue.* (XIX. 44).

O hija de Sion, á quien he amado, honrado, enriquecido, instruido, ¿cómo no me conoces? ¿por qué me rechazas, me persigues, y te preparas á condenarme, á darme la muerte y á crucificarme? Por tí bajé del cielo á la tierra, y me encarné: por tí he pasado mi vida en trabajos continuos, en la pobreza y en los dolores; te he visitado, te he enseñado; he curado á tus leprosos, á tus enfermos y á tus demoníacos; he resucitado á tus muertos; y tú huyes de mí, me desprecias, me persigues y me aborreces. Pero hasta esto está oculto á tu vista, porque tú no has querido acogerme y creer en mí.

La encarnación, la predicación de Jesucristo, su pasión y su resurrección, fueron pues cosas ocultas para los judíos endurecidos; este pueblo decidida ni siquiera conoció su propia perfidia, ni su ceguera é ingratitud. Y una terrible venganza cayó sobre Jerusalén arruinada completamente por Tito.

He encontrado en vuestras plazas públicas un altar que tiene esta inscripción: *Ignoto Deo:* Al Dios desconocido; dice S. Pablo á los Atenieses. (*Act. XVII. 23*)....

He aquí, dice Tertuliano, el crimen supremo de aquellos que no quieren reconocer á aquel á quien no pueden ignorar: *Et hæc est summa delicti nolentium recognoscere quem ignorare non possunt.* (In Apolog.).

¿Qué estupidez es esta! exclama S. Pedro Crisólogo. ¿En dónde estamos? ¿Qué sueño es este que nos agobia? ¿Qué olvido mortal se ha apoderado de nosotros? ¿Por qué no cambiamos la tierra por el cielo? ¿Por qué no comparamos los bienes eternos con los que tenemos? ¿Por qué no nos procuramos las riquezas que han de ser duraderas á trueque de las que pasan tan pronto? (1).

(1) *Quid stupemus? Ubi sumus? Quis est iste qui nos elidit somnus? Quæ est ista, que nos tenet, oblivio letalis? Quare nos corpore mutamus terram? Quare non cedimus æminis æternæ? Quare non perituris mænantia comparamus? Serm. V.*

Hijos de los hombres, dice el Señor por boca del Real Profeta, ¿hasta cuándo tendreis el corazón pesado? ¿Por qué amais la vanidad y buscáis la mentira? *Filii hominum iusquequo gravi corde? ¿Ut quid diligitis vanitatem, et queritis mendacium?* (IV. 3).

¡Ay! mi pueblo no ha oído mi voz; Israel no me ha escuchado: *Non audivit populus meus vocem meam; et Israel non intendit mihi.* (Psal. CXXX. 12).

Y ellos han dicho: El Señor no nos verá; el Dios de Jacob no tendrá conocimiento de ello. Vosotros, que sois insensatos en medio del pueblo; hombres ciegos, ¿cuando tendreis inteligencia? ¡Qué! El que ha formado vuestro oído ¿no ha de oiros? El que ha hecho vuestros ojos ¿no ha de veros? El que castiga las naciones ¿no ha de castigaros? y el que enseña á los hombres la ciencia ¿no ha de comprenderos? (1).

Los impíos serán por el Señor reducidos á silencio en medio de tinieblas, dice el libro primero de los Reyes: *Impii in tenebris conticescent.* (II. 9.) Se callarán, porque no hallarán disculpa por su ceguedad. Es ciego, dice S. Gregorio, aquel que quiere ignorar la luz de las contemplaciones celestiales; aquel que, sumergido en las tinieblas de la vida presente, y no mirando jamás con amor la verdadera luz, ignora de qué lado encamina sus obras (2).

Oíreis y más oíreis, y no queréis entender; y vereis lo que presento á vuestros ojos, y no queréis hacerlos cargo de ello. Embota el corazón de ese pueblo, tapa sus orejas, y véndale los ojos; no sea que quizá con sus ojos vea, y con sus orejas oiga, y comprenda con su mente, y se convierta, y tenga yo que curarle. Esto es un vaticinio ó profecía de la dureza y ceguedad de los judíos. (VI. 10).

Es menester dos cosas para la ceguedad espiritual: 1.º Una afección perversa á la voluntad propia, que impide recibir la verdadera luz, por cuyo medio Dios propone, desarrolla y confirma suficientemente, ya por sí mismo, ya por medio de sus profetas y apóstoles ó de la iglesia docente, las verdades necesarias á la salvación. Entonces se imita al que cierra su ventana para excluir los rayos del sol.

2.º Es menester la privación de la luz divina, privación que la voluntad perversa siempre acarrea. Entonces se halla uno en la impotencia moral de percibir la verdad. ¿Citaremos un ejemplo? Los judíos, viendo que Jesucristo hacía tantos milagros, debían persuadirse y estaban obligados á creer que era el Mesías; pero se resistieron, y así quedaron cegados. La causa de esta resistencia era su avaricia, su ambición, su envidia, su orgullo, etc., que Jesucristo les echaba en cara.

(1) Dixerunt: Non videbit Dominus, nec intelligit Deus Jacob. Intelligite, insipientes in populo, et stulti aliquando sapite. Qui plantavit aurem ¿non audiet? Qui qui fixit oculum ¿non considerat? Qui corripit gentes ¿non arguet? qui docet hominem scientiam. *Psal. XCIII. 7-10.*

(2) Cecus est, qui superne contemplationis lucem ignorat; qui presentis vite tenebris pressus, dum veram lucem nequaquam diligendo conspiciat, quo gressus operis porrigat, necit. *Pastor, c. XI.*

Ciega, Señor, el corazón de este pueblo, dice Isaías: *Exceca cor populi hujus* (VI. 10), esto es, permite que esté ciego. Hablando con propiedad, el hombre se ciega y se endurece directamente á sí mismo. Es lo que nos dice en términos formales la Sabiduría: *Excacabit enim illos malitia eorum: Su malicia les cegó.* (II. 21). La causa positiva de la ceguedad espiritual, es, á no dudarla, la malicia del que sufre este castigo. Pero Dios no ciega más que indirectamente, é indirectamente también endurece: aparta poco á poco á los impíos de la luz de la verdad y de la gracia, á fin de castigarlos por sus pecados; permite que en ocasiones dadas les arrastren éstos al error y á la ceguedad.

Escondiósele el sol siendo de día, dice Jeremías: *Occidit ei sol, cum adhuc esset dies.* (XV. 9).

Todos los ciegos espirituales, dice S. Cipriano, se hallan privados de inteligencia y de sabiduría como los judíos; indignos de la vida de la gracia, la tienen ante su vista, y no la ven. (*Epist.*).

Visible para los que creen, Jesús, dice S. Leon, se oculta de los que le persiguen por el pecado: *Jesus, credentibus manifestus, et persecutibus occultus.* (Serm. de Nativ.). Están heridos de ceguedad de espíritu, añade aquel Padre, á fin de que no comprendan la gravedad de sus crímenes y no los lloren: *Percussi sunt animi cecitate, ut nec intelligant delicta, nec plangent* (Ut supra).

Ante la resurrección de Lázaro, tan pública, tan conocida, tan milagrosa, hecho que no podía ocultarse ni negarse, ¿sabeis, dice S. Agustín, lo que inventaron los judíos? Tomaron la resolución de matarle. ¡O loco pensamiento y ciega crueldad! (*Homil. in Evang.*).

¿No vemos cada día ciegos de espíritu voluntarios que se ocultan de la luz? ¿No lo son los que huyen de la enseñanza de la palabra de Dios, de los santos oficios y de las iglesias? Igualmente podemos decir de las jóvenes que no quieren recibir los buenos consejos de un padre, de una madre, de un amigo, de un pastor; que se apartan de la confesión, que se exponen temerariamente á las ocasiones próximas de pecar; de los padres negligentes, débiles, que no reprimen sino raras veces y con blandura á sus hijos extraviados, etc.

1.º El pecador no conoce perfectamente la malicia del pecado; pues al verle tan horrible, tan cruel, etc., nunca tendría el triste valor de entregarse á él. El pecado le engaña, cegándole. 2.º No comprende lo que hace al pecar; porque obra contra las luces de su inteligencia.

En otro tiempo no erais más que tinieblas, dice S. Pablo á los Efesios: *Eratis aliquando tenebrae* (v. 8), esto es, pecadores idólatras. Observad que el Apóstol llama tinieblas á los pecados: 1.º porque los pecadores no quieren la luz y buscan las tinieblas; porque el pecado es lo más vergonzoso, lo más vil y más degradante; 2.º porque los pecados ciegan la razón....

El pecado tiene siempre su principio ó en el error ó en la impru-

Cuán ciego es el pecador.

dencia, ó en la falta de exámen, ó en la inconsideración de la razon y de la inteligencia: quando lo cometemos, nos atonta y nos ciega, falsea nuestra conciencia; y las tinieblas en cuyo seno habíamos penetrado, se aumentan más y más.

Sólo hay densas tinieblas en el pecado, dice S. Gregorio; el que lo comete, se sumerge en la noche más oscura y profunda: *In peccatis tenebræ densæ; peccata ad imas et summâs tenebras ducunt.* (Moral., lib. III).

No pequeis, dice S. Agustín, y Dios, que es el sol verdadero jamás dejará de brillar ante vuestra vista; pero, al contrario, caed, y Dios desaparecerá. Si deseais conservar la luz, sed tambien puros y brillantes; pero si preferis las tinieblas y las pasiones oscuras, ellas os sumergirán en una noche profunda, en una deplorable ceguedad (1).

Los pecados llámanse tinieblas por su semejanza con ellas: 1.º Como las tinieblas son la privación de la luz, así los pecados son la privación de la gracia. Esta es para nuestra alma y nuestro corazon lo que el sol es para la tierra. 2.º Como el que anda en las tinieblas, que, lejos de ver, da pasos en falso y tiene tropiezos y caídas, así tambien, en el camino de la salvacion, los que pecan, no ven, caen y se manchan. 3.º Las aves nocturnas temen la luz que las ciega; y los pecadores temen la luz de Dios y de los hombres, segun aquellas palabras de Jesucristo: Quien obra mal, aborrece la luz; huye de ella para que no le vituperen, ni le reprendan ni le corrijan: *Qui male agit, odit lucem, et non venit ad lucem, ut non arguantur opera ejus.* (Joann. III. 20). 4.º Los pecados se llaman tinieblas, porque son obra del demonio príncipe de las tinieblas. 5.º Porque la mayor parte de los pecados se cometen en las tinieblas. 6.º Porque los pecados nacen de las tinieblas, esto es, de un error práctico que lleva al pecador á la creencia de que puede seguir su passion, no importa lo despreciable que sea y á pesar de la pérdida de Dios, del alma y de los bienes eternos; lo que seguramente es la ceguedad suprema y una insigne locura. 7.º Porque el pecado sumerge más y más el espíritu en las tinieblas. 8.º Porque el pecado mortal conduce á las tinieblas supremas, á las del infierno.

La luz es saludable; es necesaria á la vida de los hombres y á la de todas las cosas; en tanto que las tinieblas son perjudiciales y mortales: así la fe y la gracia de Jesucristo son el manantial de la salvacion y procuran la vida eterna, mientras que los pecados debilitan el alma y causan su muerte.

Andarán como ciegos, porque han pecado contra Dios, dice el profeta Sofonías: *Ambulabunt ut cæci, quia Domino peccaverunt.* (I. 17).

El camino que siguen los impios está cubierto de tinieblas, dicen

(1) Noli cadere in peccatum, et non tibi occidet hic sol: si tu feceris casum, tibi facti occasum. Si videre lumen cupis, esto tu lux; si enim tenebras et tenebrosas cupiditates ames, obtenebrabunt, imo excecabunt te. *Tract. II. in Joann.*

los Proverbios: no advierten el precipicio en que van á caer: *Via impiorum tenebrosa; nesciunt ubi corruant.* (IV. 19).

Jesucristo, dice S. Juan, era la verdadera luz, que ilumina á todo hombre que viene á este mundo. Se hallaba en el mundo, y el mundo fué hecho por él, y el mundo no le conoció: vino á su propia casa, y los suyos no le recibieron (1).

El mundo se halla en la ceguedad espiritual.

Por esto Jesucristo decía á su Padre: Padre santo, el mundo no os ha conocido: *Pater juste, mundus te non cognovit.* (Joann. XVII. 25).

El mundo, dice S. Bernardo, tiene sus noches, y son frecuentes. ¡Qué digo que tiene sus noches! Se halla ¡ay! en las más profundas tinieblas; jamás ve la luz. La perfidia de los judios es una noche; lo es la ignorancia de los paganos, la depravacion de los herejes; la conducta carnal y animal de los malos católicos es tambien noche, y noche profunda. En efecto: ¿no reina la noche allí donde no se encuentra la inteligencia de las cosas de Dios? (2).

Las tinieblas se hallaban sobre la superficie del abismo, dice el Génesis: *Tenebræ erant super faciem abyssi* (I. 2). Mas, el mundo es la superficie de los abismos del infierno; está cubierto con el negro humo que exhalan con abundancia las llamas eternas. Las tinieblas cubrirán la tierra, la noche rodea á los pueblos, dice Isaias: *Quia ecce tenebræ operient terram, et caligo populos.* (IX. 2).

Se dice que el día de la muerte de Jesucristo densas tinieblas cubrieron la tierra toda: *Tenebræ factæ sunt super universam terram.* (Math. XXVII. 45).

Estas tinieblas no han desaparecido todavia para los hombres culpables é impios.

Las máximas del mundo, su moral corrompida, su conducta, sus escándalos, su incredulidad, etc., prueban que está sumergido en las más horribles y peligrosas tinieblas. Por esto el Real Profeta la llama tierra de olvido: *Terra oblivionis.* (LXXXVII. 13).

Las pasiones son la causa primera de la ceguedad espiritual. Nuestro ojo es la luz de nuestro cuerpo, dice Jesucristo: *Lucerna corporis tui est oculus tuus.* (Math. VI. 22). Lo que el ojo es para el cuerpo, la inteligencia es para el alma: pero el alma que ha caido bajo el yugo de las pasiones, no tiene ya inteligencia, está embrutecida.... Cuando el fuego de la concepsencia devora, dice S. Gregorio, no puede ya divisarse el sol de la inteligencia: *Cum ali-*

Causas de la ceguedad espiritual.

(1) Ecce lux vera, que illuminat omnem hominem venientem in hunc mundum. (I. 9) In mundo erat, et mundus per ipsum factus est, et mundus eum non cognovit. (I. 10.) In propria venit, et sui eum non receperunt. (I. 11).

(2) Habet mundus noctes suas, et non pocas. Quid dico quia noctes habet mundus, cum pene totus ipse sit nox, et totus semper versetur in tenebris? Nox est judicis perditio, nox ignorantia paganorum; nox hæreticorum pravitas; nox etiam catholicorum carnalis immixtione conversatio. An non nox, ubi non percipiuntur ea que sunt Spiritus Dei? *Lib. Consid.*

quem super cecidit ignis concupiscentie, videri ab eo nequit sol intelligentia. (Moral.) Cayó fuego sobre ellos, y no vieron más el sol, dice el Salmista. (1).

Las riquezas son la segunda causa de la ceguedad espiritual. Las riquezas ciegan el alma. De ahí es que los poetas gentiles dicen que Pluto, dios de las riquezas, es ciego de nacimiento.....

Tercera causa: la pereza espiritual..., la tibieza.....

Cuarta causa: la corrupcion del corazon. El insensato ha dicho en su corazon: No hay Dios: *Dixit insipiens in corde suo: Non est Deus.* (Psal. XIII. 4).

Cuanto más se cae y más se permanece en el pecado, más se aleja uno de Dios, que es la luz increada, de quien nos viene toda claridad.

Hay otras cosas de la ceguedad espiritual: 1.º la imprudencia..., 2.º la imprevision..., 3.º el orgullo.....

El demonio son los ojos de los ciegos.

Si todavía nuestro Evangelio, dice S. Pablo, está encubierto, es solamente para los que se pierdan para quienes está encubierto; para esos incrédulos cuyos entendimientos ha cegado el Dios de este siglo la luz del Evangelio de la gloria de Cristo, el cual es la imagen de Dios: *Quod, si etiam opertum est Evangelium nostrum, in iis, qui perunt, est opertum; in quibus Deus hujus seculi excæcavit, mentes infidelium, ut non fulgeat illis illuminatio Evangelii gloriæ Christi, qui est imago Dei.* (II. ad Corint. IV. 3-4).

El Dios del siglo es el demonio, que es el Dios de los que viven según el siglo: es su Dios, no porque les haya creado, sino porque les guía con sus funestas sugerencias y con malos ejemplos, y porque ejerce sobre ellos su imperio. Es padre de la mentira, del orgullo y del error. Comenzó por hacer ciegos á Adán y Eva. En el trascurso de los siglos, jamás ha cejado en la tarea de procrear hacer ciegos á los hombres y á los pueblos. Todos los que obedecen á Satanás, que se entregan á él, obran á consecuencia de la más deplorable ceguedad; porque sólo debemos esperar del demonio desgracias en esta vida y sobre todo en la otra. Ponerse en manos de un enemigo cruel é implacable, de aquel que fué homicida desde el principio; entregarse á un leon furioso, á un lobo hambriento, es una ceguedad llevada á la locura y al frenesi; y sin embargo, esto y mucho más es el demonio.

Contad el número de los ciegos espirituales por la muchedumbre de los que cumplen la voluntad del demonio y son sus victimas.....

Devastaciones y desordenes producidos por la ceguedad espiritual.

1.º La ceguedad espiritual mata la fe.....

2.º Vuelve al hombre estúpido. El ciego espiritual nada comprende ya de las cosas de Dios. Poco le importa saber ni de dónde viene, ni en dónde está, ni adónde va.....

(1) Supercecidit ignis, et non viderunt solem.

3.º La ceguedad espiritual destruye la sabiduría. Faltará la sabiduría á sus sabios, dice el Señor por boca de Isaías, y desaparecerá el don de consejo de sus prudentes: *Peribit sapientia á sapientibus ejus, et intellectus prudentium ejus abscondetur.* (XXIX. 14).

4.º La ceguedad espiritual hace indóciles á los hombres; ni á la misma verdad quieren ya obedecer. Esto es lo que S. Pablo echa en cara á los Gálatas, diciéndoles: Gálatas insensatos; ¿quién os ha fascinado hasta el punto de que ya no obedecéis á la verdad? *O insensati Galatæ; quis vos fascinavit non obedire veritati?* (III. 1.)

5.º La ceguedad espiritual destruye la vida divina. Tienen el entendimiento oscurecido, dice S. Pablo á los Efesios, y están enteramente ajenos de vivir según Dios.... á causa de la ceguedad de su corazon: *Tenebris obscuratum habentes intellectum, alienati á vita Dei, propter cæcitate cordis ipsorum.* (IV. 18).

Si decimos que estamos unidos á Dios, y andamos en las tinieblas, mentimos, dice el apóstol S. Juan: *Si dixerimus quoniam societatem habemus cum eo, et in tenebris ambulamus, mentimur.* (I. 1. 6.) Y ¿qué sociedad puede existir entre la luz y las tinieblas? dice S. Pablo: *Quæ societas luci ad tenebras?* (II. Cor. VI. 14).

6.º La ceguedad espiritual engendrará todas las tentaciones. Muy bien podemos aplicar á esta ceguedad aquellas palabras del Salmista: Ordenasteis las tinieblas, y apareció la noche: entónces las bestias de las selvas salen de entre las sombras: *Posuisti tenebras, et facta est nox; in ipsa pertransibunt omnes bestie sylvæ.* (CIII. 20). Los ladrones buscan las tinieblas; el demonio que despoja de toda virtud, no deja de ir en busca de los ciegos espirituales, y les quita todo el bien que pudieran tener....

7.º Los ciegos espirituales caen de abismo en abismo, van de crimen en crimen, se sumergen en el mal, se arrastran entre toda clase de manchas, y perecen entre el cieno. Parán en putrefaccion, como los cadáveres en la tumba.

8.º La ceguedad espiritual lleva al endurecimiento.

No conociendo su triste estado, el ciego espiritual no trata de salir de él. Cree no tener necesidad de nada; y no ve que es pobre, miserable y que se halla desnudo.

Cuán desgraciados son los ciegos espirituales.

Y el hombre constituido en honor, no ha tenido discernimiento, se ha igualado con los insensatos jumentos, y se ha hecho como uno de ellos. Este proceder suyo es causa de su perdicion; y con todo habrá venideros que se complacerán en alabarle. (XLVIII. 13-14).

El ciego espiritual anda errante por el desierto del vicio, y no halla el camino de la ciudad de las virtudes: *Erraverunt in solitudine in iniquo, viam civitatis habitaculi non invenerunt.* (Psal. CVI. 4). Es como una de aquellas estatuas de que nos habla el Real Profeta: Tiene boca, y no habla; ojos, y no vé; oídos, y no oye; nariz, y no siente; tiene manos, y no toca; piés, y no anda: su garganta no produce sonido alguno. (CXIII. 5-7).

Considerad, dice S. Paulino á Severo, la vida que llevan los ciegos espirituales, y los vereis semejantes al caballo ciego que da vuelta sin cesar á una noria. Despues de quedarse diariamente rendidos de cansancio, llegarán á la muerte sin haber dado un paso hácia el cielo. (*Epist. IV.*)

¡O ciegos hijos de Adán! ¿Por qué amais la vanidad y buscáis la mentira? ¿Por qué preferís las cosas transitorias á las imperecederas, el destierro á la patria, la tierra al cielo, la criatura al Criador, el vicio á la virtud, un extraño á Jesucristo, el demonio á Dios, el tiempo á la eternidad, la muerte á la vida? ¿Por qué, por un placer vil y momentáneo, os exponéis á los pesares, á los dolores, á una muerte deplorable y á las llamas del infierno?

Castigos de la
ceguedad es-
piritual.

1. La ceguiedad espiritual atrae la cólera de Dios. Núblanse sus ojos, dice el Salmista, á fin de que no vean, y hállase siempre encorvada su espalda bajo el peso de la servidumbre. Descargad sobre ellos vuestro enojo, Señor, y cubridlos con el fuego de vuestra cólera: *Obscurentur oculi eorum, ne videant, et dorsum eorum semper incurva. Effunde super eos iram tuam, et furor iræ tuæ comprehendat eos.* (LXVIII. 24-25).

2.° Dios abandona al ciego espiritual. Mi pueblo, dice el Señor, no ha escuchado mi voz; Israel no ha venido hácia mí, y los he entregado á los deseos de sus corazones; se hundirán en sus vanas invenciones: *Non audivit populus meus vocem meam; et Israel non intendit mihi. Et dimissi eos secundum desideria cordis eorum; ibunt in adinventionibus suis.* (Psal. LXXX. 42-43).

Abandonaré á este pueblo, dice el Señor; le ocultaré mi rostro, y será consumido; será víctima de todos los males, y todas las aflicciones se apoderarán de él: *Derelinquam eum, et abscondam faciem meam ab eo, et erit in decorationem; invenient eum omnia mala et afflictiones.* (Deuter. XXXI. 47). Le he ocultado mi cara y ha andado errante por el camino de su perverso corazón: *Abscondi á te faciem meam, et abiit vagus in via cordis sui.* (Isai. LVII. 47).

3.° El ciego espiritual se castiga á sí mismo con sus propias manos. Y ahora, mira como la mano del Señor cae sobre tí, dice S. Pablo á Elymas mago, y te quedarás ciego, no verás ya la luz del día: *Et nunc ecce manus Domini super te, et eris cæcus, non videntem solem.* (Act. XIII. 44). Lo mismo sucede al ciego espiritual. No quiere ver, la mano de Dios se deja caer sobre él, y la ceguiedad es su pena, su más terrible castigo. Mas, esta pena es un mal sin mezcla de bien alguno; sufre, pero sin mérito; los sufrimientos que padece, y que por sí solos son un castigo espantoso, llegan á ser un crimen; de tal suerte que se encuentra castigado no sólo por haber cerrado los ojos á la luz, sino tambien por lo que sufre; pues si sufre, es porque ha querido.

4.° El cielo está cerrado para siempre al ciego espiritual. No han querido conocer mis caminos, dice el Señor; por lo que juré airado,

que no entrarían en el lugar de mi descanso: *Non cognoverunt vias meas, ut juravi in ira mea si introibunt in requiem meam.* (Psal. XCIV. 41).

Dice la Escritura que los ángeles cegaron á los habitantes de Sodomá, de modo que jamás pudieron encontrar la puerta de la casa de Loth: *Percusserunt cecitate, ita ut ostium invenire non possent.* (Gen. XIX. 41). Tal es el castigo que Dios impone á los ciegos espirituales; no encuentran ya el camino ni la puerta del cielo.....

5.° El ciego espiritual baja al infierno. De las tinieblas de la ceguiedad cae á las tinieblas eternas: *Epicientur in tenebras exteriores.* Abandonándose á los criminales placeres de la vida presente, dice S. Gregorio, ¿hace otra cosa el alma ciega que arrojarle con los ojos cerrados al fuego eterno? *Anima perversa, dum in presentis vite oblectationibus se deserit, ¿quid aliud quam, clausis oculis, ad ignem vadit?* (Lib. Moral.).

Oíd á la Sabiduría: Los impíos, los ciegos morirán sin honor, y estarán con eterna infamia entre los muertos, porque el Señor los estrellará sin que osen abrir su boca...; se verán en una allicion extrema, y su memoria perecerá. Entrarán tamblando en el pensamiento de sus pecados, y sus iniquidades se alzarán contra ellos para acusarles. (*IV. 19-20*). Entónces se presentarán los justos con gran firmeza contra aquellos que los angustiaron y robaron el fruto de sus fatigas. A su aspecto, los impíos quedarán sobrecogidos de un espanto horrible; se admirarán de la repentina salvacion de los justos que ellos no esperaban ni creían; y arrepiñtiéndose y gimiendo en la angustia de su alma, dirán dentro de sí: ¡Vedlos aquellos á quienes habíamos despreciado, y que eran el objeto de nuestros ultrajes! In-sensatos de nosotros! Creíamos era una locura su vida: creíamos que su muerte tendria lugar sin honor; y ahora podemos contarlos entre los hijos de Dios, y su herencia es la de los Santos! Hemos divagado luego fuera del camino de la verdad; la luz de la justicia no ha brillado para nosotros, y el sol de la inteligencia no se ha levantado en nuestro horizonte. Nos hemos cansado por el camino de la iniquidad y de la perdicion: hemos andado por sendas difíciles, y hemos ignorado la que debia llevarnos al Señor. (*V. 1-7*). Los ciegos espirituales se echan en cara tres errores y tres locuras: 1.° el haber andado errantes fuera del camino de la verdad: *Ergo erravimus á via veritatis* (V. 6)...; 2.° el haber obrado de tal modo que la luz de la justicia y de la prudencia no ha brillado para ellos; porque la han despreciado voluntariamente y han querido permanecer en las tinieblas: *Et justitie lumen non luxit nobis* (V. 6)...; pues Dios en pena de haber ellos despreciado las luces de la gracia, que á nadie niega, les negó las ulteriores y más eficaces; 3.° el haber merecido que el Sol, esto es Jesucristo, que ilumina á todo hombre que viene á este mundo, no se levantará para ellos, porque no quisieron abrirle su corazón: *Et sol intelligentie non est ortus nobis.* (V. 6).

Poser de haber
tendido los ojos
cerrados.

Es una verdadera demencia, dice S. Cipriano, no ver é ignorar que las pasiones engañosas no seducen mucho tiempo. La noche existe mientras no aparece el día; pero, llegado ya el día y levantado el sol, es preciso que huyan las tinieblas y que cesen los crímenes que ántes se cometían (1).

Ciegos espirituales, ya os arrepentireis un día, pero será demasiado tarde é inútilmente. Comprendedlo, y abrid los ojos á la luz cuando aún es tiempo: trabajad mientras que es de día: aceptad la gracia ahora que se os ofrece, temerosos de que, despues de haber imitado á las vírgenes necias, no os quepa también su triste suerte, y despues de haber, como ellas, dejado apagar la luz de vuestras lámparas, no la busqueis con lágrimas en los ojos sin conseguir encontrarla. Temed oír de los labios de Jesucristo, soberano Juez, aquellas terribles palabras que pudieran excluirlos de las bodas celestiales: En verdad, os lo digo, no os conozco: *Amen, dico vobis, nescio eos.* (Math. XXV. 42).

Medios de salir de la ceguera espiritual.

Para salir de la ceguedad espiritual, es preciso:

1.º Vivir de la verdad..., vivir de la inmortalidad..., vivir de la eternidad,....

2.º Orar. Señor, decía el Salmista, ilumina mi vista, para que no me duerma en la muerte, y para que mi enemigo no diga un día: Le he vencido: *Illumina oculos meos, ne unquam obdormiam in morte, ne quando dicat inimicus meus: Prevalui adversus eum.* (XII. 45). Dios mio, disipad mis tinieblas: *Deus meus, illumina tenebras meas.* (Psal. XVII. 29).

3.º Aproximarnos á Dios y permanecer cerca de él: así veremos muy claro: *Accedite ad eum et illuminamini.* (Psal. XXXIII. 6).

4.º Abrir los oídos y los ojos á la fe: *Surdi, audite; et ceci, inveni.* (Isai., XLII. 18).

5.º Levantarse, sacudir la pereza espiritual, la tibieza. Jerusalem, levántate; recibe la luz, porque ha venido tu lumbrera y ha nacido sobre tí la gloria del Señor, dice Isaías: *Surge, illuminare, Jerusalem, quia venit lumen tuum, et gloria Domini super te orta est.* (LX. 1).

6.º Evitar todo retraso en obrar. Andad, dice Jesucristo, mientras tenéis luz, á fin de que las tinieblas no os sorprendan: *Ambulate dum lucem habetis, ut non vos tenebræ comprehendant.* (Joann. XII. 35).

7.º Ir á Jesucristo, que es el camino, la verdad y la vida. Yo soy la luz del mundo, el que me sigue, dice él mismo, no anda entre tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida: *Ego sum via, et veritas, et vita: Ego sum lux mundi: qui sequitur me, non ambulat in tenebris, sed habebit lumen vite.* (Joann. XIV. 6., et VIII. 12).

(1) Hæc est vera dementia, non cognoscere et nescire, quod fallacie non diu fallunt. Nox est tamdiu quamdiu elucescit dies; clarificatio autem diei, et solis abortio, luci tenebrarum et colligium cedens, et quæ grossabantur atrociam cessare, necesse est. *Epist.*

CIELO.

La palabra Paraíso viene de la hebráica *Parles ó Para*, que quiere decir Jardín de los Mirtos. De este vocablo tomaron los latinos *Paradisus*, Paraíso.

Hay tres cielos: el cielo atmosférico, el cielo en que efectúan sus evoluciones los astros, y el cielo de los bienaventurados, en donde á descubierto habita la Divinidad.

Santo Tomás pregunta si podría Dios hacer cosas más grandes, más perfectas que todas las que hizo, y este santo Doctor responde afirmativamente; pero exceptúa sin embargo tres cosas: Jesucristo, la Virgen María y la bienaventuranza de los elegidos. La humanidad de Jesucristo debe hallarse exceptuada, nos dice, porque está unida á Dios de una manera hipostática; también la bienaventurada Virgen, porque es madre de Dios; y la bienaventuranza creada, porque es el goce de Dios. La humanidad de Jesucristo, la Virgen María y la bienaventuranza, ó el cielo, sacan del bien infinito, que es Dios, cierta perfeccion infinita. Por esta parte, nada puede Dios hacer mejor, así como nada puede tampoco existir mejor que Dios. (I. p. q. 2 art. 6).

El cielo es la obra maestra de Dios.

Dios, en estas tres cosas, dice S. Agustín, agotó su ciencia, su poder, sus riquezas y su bondad: *Plus dare nescivit, plus dare non potuit, plus dare non habuit.* (Lib. de Civit.).

Para formarnos una idea del cielo y de la felicidad de los elegidos, consideremos la inmensa diferencia que hay entre la tierra y el cielo.

Hay una diferencia infinita entre el cielo y la tierra.

La vida en la tierra no es más que una muerte lenta,.... S. Agustín dice: No sé si he de llamar á esta vida una muerte que vive, ó una vida que muere. (*Medit.*, c. XIX).

Nuestros padres, dice S. Pablo á los Hebreos, confesaban que eran extraños y viajeros en la tierra: *Confitentis quia peregrini et hospites sunt super terram.* (XI. 13).

¡Cuán vil me parece la tierra cuando miro el cielo! exclamaba S. Ignacio de Loyola: *¡Quam sordet mihi terra, cum caelum aspicio!* (Ita Ribaden., in ejus vita).

¿Qué quereis? dice S. Agustín: ¿Quereis amar las cosas temporales, y pasar con el tiempo; ó no amar al mundo, y vivir eternamente con Dios? *¿Quid vis? ¿Utrum amare temporalia, et transire cum tempore; aut mundum non amare, et in æternum vivere cum Deo?* (Epist. XXXVI).

Todo lo que existe en la tierra, es extraordinariamente vano, de poca duración, variable, corruptible y engañoso. Al contrario, en